

RAMIRO CALLE



# BUDDA

， El príncipe de la luz

RAMIRO A. CALLE

BUDA  
EL PRÍNCIPE DE LA LUZ



El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ramiro Calle, 1994

EDICIONES TEMAS DE HOY, S. A. (T. H.), 1994

© De esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.temasdehoy.es](http://www.temasdehoy.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-9998-617-3

Depósito legal: B. 13.432-2017

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

# ÍNDICE

---

AGRADECIMIENTOS .....	13
PROLOGO: UN PRÍNCIPE, UN BUDA .....	15

## PRIMERA PARTE EL HOMBRE Y SU VIDA

1. EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE SIDDHARTA .....	19
2. ADOLESCENCIA .....	24
3. JUVENTUD .....	28
4. LA BODA CON LA PRINCESA YASODHARA .....	39
5. EL ENCUENTRO CON EL DOLOR Y LA PAZ .....	48
6. LA GRAN RENUNCIA .....	60
7. LA BÚSQUEDA ESPIRITUAL .....	68
8. ASCESIS .....	78
9. LA ILUMINACIÓN DEFINITIVA .....	86
10. LA RUEDA DE LA LEY .....	92

11. LOS PRIMEROS DISCÍPULOS Y LA PROPAGACIÓN DE LA DOCTRINA .....	101
12. REGRESO A KAPILAVASTU .....	108
13. LA VIDA CON LOS MONJES .....	119
14. LA MUERTE DE BUDA .....	130
15. HONRAS FÚNEBRES Y REPARTO DE CENIZAS .....	140

## SEGUNDA PARTE LA ENSEÑANZA

16. ENCIENDE TU PROPIA LÁMPARA .....	143
17. LAS CUATRO NOBLES VERDADES .....	150
18. EL NOBLE ÓCTUPLE SENDERO .....	161
19. EL CULTIVO DE LA ATENCIÓN .....	179
20. LA LIBERACIÓN DEFINITIVA (EL NIRVANA) .....	195
21. LA MEDITACIÓN BUDISTA .....	203
APÉNDICE: EL SENDERO DE LA SABIDURÍA .....	215

# 1

## EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE SIDDHARTA\*

---

Se llamaba Maya y era una mujer de una sensibilidad prodigiosa. Maya estaba desposada con el rey Suddhodana, monarca del reino de los sakyas: un reino pacífico, de hermosas y fértiles tierras situadas en la planicie del norte de la India (hoy el Terai nepalí), no lejos de las estribaciones himalayas. Gozaba de hermosos bosques, refrescantes ríos y espléndidos arrozales. Tenía como vecinos a los kosalas, con los que el reino mantenía relaciones favorables gracias a la sabiduría política del monarca. Suddhodana estaba desposado con Maya y con una hermana de esta, Prajapati.

La capital del reino era Kapilavastu, donde los monarcas disponían de tres residencias para las distintas estaciones del año. Todo el reino era de gran hermosura, tanta que Maya gustaba de fundirse con la naturaleza y quedar absorta junto al río Rapti. Las gentes pacíficas del reino amaban a sus monarcas; con motivo de los festivales, la reina hacía grandes obras de caridad y tenía ocasión de conocer de cerca a sus súbditos. Era una mujer sensible y bella, de manera que Suddhodana la amaba profundamente, pero no tenían hijos.

En la época de la luna llena de Asadha, en el palacio se vivía con gran fasto. Se llevaban a cabo continuas fiestas, en las que había atractivas danzas y músicas sugerentes. En aquel tiempo, se estaba celebrando uno de los festivales más relevan-

---

\* Todas las citas están inspiradas o tomadas directamente de las escrituras religiosas del budismo original, conocidas como *Canon Pali (Tripitaka)*.

tes del año, al cual la reina Maya gustaba de asistir porque disfrutaba con las sencillas gentes de su pueblo. Sin embargo, desde hacía algunos días se sentía muy fatigada. El séptimo día después de haber comenzado el festival tomó un baño aromático para reponerse; después, sus damas la ayudaron a acostarse y la dejaron sola en su cámara para que reposase tranquila. Entonces la reina tuvo una vívida ensoñación: una especie de velo azulado nubló su mirada, sus oídos se cerraron para todo lo externo, y su mente salió de la estancia en la que su cuerpo se hallaba, abandonó el palacio, sobrevoló el reino y llegó a la tierra maravillosa del Loto, allí donde pueden obtenerse las más reveladoras visiones. En esa dimensión, fue conducida hasta la montaña de plata que sostiene en su cima el palacio de oro. Entró en una de las estancias del palacio y su mente se sumió en éxtasis. Por el norte, desde los espacios sin limite, apareció un soberbio elefante blanco, con descomunales colmillos de singular belleza y con la mirada profunda del universo. De súbito, el magnífico ejemplar de elefante comenzó a galopar sobre las nubes de coral y cogió con su hábil trompa un espléndido nenúfar. Fugaz como un rayo, se coló en el palacio dorado sobre la montaña de plata, entró en la cámara de la reina y, convirtiéndose en un refulgente haz de luz, penetró por el costado de Maya, recorrió sus entrañas y se alojó en su útero. Cuando la reina volvió a su estado mental ordinario, estaba profundamente emocionada e impresionada por la visión que había tenido. La luna llena de Asadha culminó esa noche.

La reina contó el sueño al monarca, pero ambos se sentían incapaces de interpretarlo. Por eso se convocó a los sesenta y cuatro brahmanes más sabios de todo el reino, los grandes custodios de la sabiduría espiritual. En la asamblea Maya narró el sueño que había tenido porque el monarca temía que presagiase alguna desgracia. Pero uno de los más venerables brahmanes tranquilizó al rey y le dijo:

—No vayas a afligirte, señor. La reina está encinta, serás padre de un niño muy especial, que dará luz a los sakyas. Si optase por reinar, sería monarca universal, pero si renuncia a la vida mundana, será un completo iluminado.

Las palabras del brahmán originaron una gran angustia en el monarca. Llevaba tiempo deseando que su bella esposa quedara encinta y ahora que por fin el maravilloso evento había sucedido, le decían que su hijo podía un día renunciar a la vida palaciega y convertirse en un santo. No, él no lo permitiría. Necesitaba un sucesor, y su pueblo un monarca sabio y recto el día en que él muriese. Dado el gran número de reinos y oligarcas que había, no es de extrañar que Suddhodana pusiera tantas expectativas en el futuro príncipe. Se sintió muy consternado por las declaraciones del brahmán, pero en seguida olvidó sus palabras y cedió a la alegría que le producía el embarazo de la gentil Maya. Soñaba con un joven apuesto, osado, hábil en los torneos, capaz de sobresalir en las artes y en las pruebas marciales; un varón que un día pudiera desposarse con una princesa encantadora y que le diera un nieto sano y capaz de hacerle compañía en su vejez.

Pasaron las semanas y los meses, y corrió por todo el reino la noticia de que la reina estaba embarazada. Los nobles sakyas se sintieron muy complacidos, y la felicidad del monarca, olvidadas ya las palabras del brahmán, no tenía límite. Sin embargo, la salud de Maya no era buena, a pesar de que la atendían los mejores médicos y se le proporcionaban las mayores atenciones.

Maya llevó a su hijo en el vientre a lo largo de doscientos ochenta días, esto es, durante diez meses lunares. En ese tiempo, intensificó, para hacer méritos, las obras de caridad a las que siempre había sido tan proclive.

El día en el que sintió que el alumbramiento estaba próximo, decidió ponerse en marcha hacia la ciudad de Devadaha, donde vivían sus parientes, para dar allí a luz. Tras despedirse amorosamente del monarca, se puso en marcha con su séquito. Viajaron por la planicie, entre los fértiles y hermosos arrozales, y re-



corrieron tierras que hoy pertenecen al Nepal. De súbito, la reina sintió a medio camino fuertes dolores, que sin duda anunciaban un parto inmediato. En las proximidades había un apacible y reconfortante jardín, con árboles y un estanque de aguas puras, de manera que las damas de compañía ayudaron a su reina a llegar hasta un árbol sala, al lado del estanque. Era mediodía. Las damas prepararon un lecho de plantas, hierbas y flores para que reposara sobre él, aunque según cuenta otra leyenda, Maya parió de pie, apoyándose sobre el árbol. En todo caso, parece ser que el alumbramiento no fue difícil ni prolongado; un hermoso niño nació en el parque de Lumbini y su cuerpo era cuidadosamente lavado en las aguas del estanque, perfumadas por el aroma de los nenúfares. Puesto que había dado a luz a medio camino, la reina ya no vio ningún objeto en viajar hasta Devadaha y regresó con su séquito a palacio.

Por todo el reino sakyas se difundió la noticia del nacimiento del príncipe. Al día siguiente, acudió a palacio, de modo inesperado, un anciano asceta de muy digno porte, poseedor de grandes conocimientos iniciáticos y no menos poderes clarividentes. Su nombre era Ashita, y estaba considerado por aquellos que lo conocían como un gran sabio. Ashita pidió ver al recién nacido, y cogiéndolo entre sus ancianos brazos, exclamó:

—¡Qué maravilloso acontecimiento que un ser tal haya venido a este mundo!

Después comenzó a llorar. Cuando el rey le preguntó por el motivo de sus lágrimas, el sabio le repuso:

—No temas señor, porque nada malo ha de ocurrir a este maravilloso ser, pero es una criatura sublime. Si asume ser rey, será monarca universal y aun los reyes más poderosos le respetarán; pero si toma la vía de la renuncia a lo mundano, alcanzará el Nirvana y se convertirá en un perfecto iluminado, en un gran buda.

La sangre se heló en las venas del monarca. No quería ni imaginar que su hijo abandonara un día sus deberes principes-

cos y se convirtiese en un simple anacoreta. Estaba sumido en tales pensamientos cuando el asceta Ashita habló de nuevo:

—Estoy inmensamente acongojado, señor. Me siento muy abatido porque no me será dado rendir pleitesía a este niño el día de su iluminación, y no podré recibir de sus labios la preciosa enseñanza de la doctrina. Haré, por tanto, lo único que puedo hacer.

Y lo que el sabio hizo fue enviar un mensaje a su sobrino, casado y con hijos, para que se preparase durante años, pues un día debería renunciar a la vida mundana y hacerse monje de la orden de un futuro buda. El sobrino, treinta y cinco años después, fue ordenado monje por Buda y recibió el nombre de Nalaka.

Una semana después del nacimiento del niño, al que llamaron Siddharta, del linaje Gotama de los sakyas, la reina Maya encontró la muerte. Solo dos días antes de que muriera, tuvo lugar una pomposa y concurrida ceremonia para poner nombre al príncipe. Fueron reunidos los brahmanes, astrólogos y adivinos, y cuando todo era dicha y satisfacción para el monarca, he aquí que uno de los adivinos elevó la voz para exclamar:

—¡Yo os aseguro que jamás el príncipe se convertirá en un rey!

La sorpresa fue tal, que nadie podía reaccionar. Pero antes de que el monarca protestase o el adivino fuera expulsado de la estancia, este aseguró:

—Este niño no ha venido a este mundo a gobernar a los otros, sino a gobernarse a sí mismo y a enseñar la Vía a los demás: será un iluminado, un buda. Basta con ver sus características físicas; dispone de las propias de los budas o perfectos iluminados.

Aquel adivino se llamaba Kondañña y, con el transcurrir del tiempo, se convertiría en uno de los primeros compañeros, y luego discípulos, de Siddharta Gautama, el Buda.